

excluidos, en sentido para quienes han sido abandonados por la sociedad y los gobiernos. Las maras son un reflejo de liderazgos políticos abusivos, inescrupulosos y que privilegian la violencia y la impunidad. Son un reflejo del desprecio por la vida, especialmente las de los pobres durante los últimos cuarenta años.

A pesar de la ley que se proponen aprobar en treinta días, no se dejará de salir a las calles y carreteras a protestar, esta ley no resolverá los problemas por los cuales los sin voz incomodan; porque nada tiene que ver la criminalización de la protesta social con asegurar el respeto de los derechos humanos y el combate al terrorismo.

Es decir, para combatir a las maras hay que hacer buen gobierno, acercar los servicios públicos a las poblaciones de zonas marginales en las urbes, dar perspectiva, dejar de robar e invertir en la población. Las maras son efecto no causa. El análisis que hay que hacer de las maras debe ser crítico y no superficial o perverso y con fines mediáticos. La respuesta a las maras no debe ser simplista y maniquea, es un problema complejo al que no se ha dado respuesta durante décadas.

Las maras son un problema para la sociedad, sí, pero la respuesta que se está dando no encierra un proyecto de nación de quienes dirigen el gobierno sino un acto sensacionalista y químicamente puro para ganarse el beneplácito de la población.

## Sobre las maras<sup>3</sup>

Marcelo Colussi

Revista digital *Gazeta*

*La mara no podría existir si no tuviera vínculos con gente en el gobierno que les facilita las cosas. Por supuesto que hay conectes a ese nivel. Eso es imprescindible para sobrevivir.*

Testimonio de un ex marero

---

3. Publicado el 5 de febrero de 2020. Tomado de <https://gazeta.gt/sobre-las-maras/>

El discurso oficial dominante tiene una idea preformada de las maras. Sintetizando: grupos de jóvenes delincuentes, violentos, de áreas marginales y con pocas posibilidades de reinserción social. Si proseguimos más en esa perspectiva, fácilmente puede llegarse a la idea de que buena parte de los males de Guatemala tiene que ver con ellas. Dicho de otro modo: el país sería muy distinto sin las maras. De allí al llamado a la limpieza social, un paso. Muchos, incluso, lo proponen abiertamente. Por lo pronto, tanto los linchamientos como la pena de muerte son prácticas que muy buena parte de la población acepta de buen grado, incluso justificándolas airadamente. La «mano dura» se impone. El actual presidente Giammattei, de hecho, la promueve como política de Estado.

Pero queda en pie la pregunta: ¿por qué hay maras?

Es ese un problema muy complejo, quizá la expresión más patética y sangrientamente evidente de los problemas estructurales de los países centroamericanos. Las pandillas violentas no son sino la muestra en pequeño de cómo funcionan en grande nuestras sociedades, evidencia de nuestras historias, de nuestras ancestrales y estructurales asimetrías económico-sociales.

La violencia engendra violencia, suele decirse; es decir: se repite en forma activa lo que se sufrió pasivamente. Un joven que se integra a una mara, que viene de barrios marginales o, mejor dicho: marginalizados —tristemente llamados «zonas rojas»—, despliega monstruosas actitudes violentas, pues lleva tras de sí otras monstruosas historias de exclusión, de humillación. Es un mito que todos los y las jóvenes de estas colonias populares se integran a las maras. Por el contrario: son los menos quienes allí terminan. Según estudios consistentes, apenas un 10 % forma parte de una pandilla. La gran mayoría intenta una vida normal, trabajando, estudiando, con proyecto de futuro dentro de sus limitaciones.

Felizmente es así, si no, más allá de los varios miles de jóvenes mareros que hoy día existen, podría pensarse que toda la juventud de extracción humilde podría formar parte de una clica, con lo que estaríamos en una virtual guerra de adultos contra jóvenes problemáticos. Y no es ese el caso. Criminalizar la violencia y/o la juventud no es sino una forma fascista de entender las cosas.

Si nos quedamos con la idea (o prejuicio) de que cada joven de áreas pobres es un potencial delincuente, solo estaríamos «demonizando» la pobreza. En esa lógica, un joven termina convirtiéndose en marero por una cuestión de decisión, de mala voluntad, de conducta «desviada»... si quisiera ser un «ciudadano de bien» y trabajar honestamente, solo sería de decidirse, y listo.

Pero eso es una explicación demasiado simplista. La realidad es otra, infinitamente más compleja. Si bien hay cuestiones subjetivas en juego (no cualquier joven se permite psicológicamente asumir los valores de una pandilla: hoy día, para ingresar, se pide como «juramento de fidelidad» poder matar a un familiar), las maras son una expresión trágica de la exclusión histórica de los siempre excluidos. «Mano dura» y matar mareros no arregla nada. Sin justificarlos, el problema de base no son esos jóvenes asociales sin mayores expectativas de futuro: el problema es la base misma que genera su exclusión. ¿Cómo no esperar que salgan maras de barriadas eternamente excluidas, donde la vida es pura sobrevivencia, sin proyecto de futuro, herederas de injusticias crónicas?

Por otro lado —y es aquí donde debe empezar realmente el estudio del fenómeno en su más compleja dimensión socio-política—, las maras no son solamente «grupos de desadaptados sociales». Son una expresión de la profunda exclusión y asimetría reinante, pero además constituyen grupos de choque (pensemos en la actual Huelga de Dolores) que, si bien pueden ser relativamente «molestos» para el statu quo, al mismo tiempo sirven al mantenimiento del sistema.

Las maras no constituyen ningún cuestionamiento a la base del sistema, del Estado; son su expresión patética, muestra de la violencia en que se desarrolla en nuestra sociedad desde hace siglos (por la pobreza crónica, por el racismo o el machismo reinantes, por el desprecio de la vida). Y también son los grupos de choque que sirven para mantener «a raya» a las poblaciones más postergadas. Si se quiere verlo en esa lógica, son un virtual ejército de ocupación de las barriadas pobres.

Es raro, difícil, complicado que jovencitos marginales, semianalfabetas, históricamente postergados, puedan constituirse en un problema de seguridad nacional si no hay otras estructuras de poder tras ellos. ¿A quién le sirve la presencia de maras? A la gran mayoría silenciosa no. Si alguien se aprovecha de su presencia, del terror que crean en la población de a pie, son poderes que siguen manejando los hilos con su proyecto hegemónico, que sigue haciendo de la violencia su instrumento preferido.

Los medios masivos de comunicación no son ajenos a este sensacionalismo que ha colocado a las pandillas juveniles como nuevo demonio. Pero, sin dudas, el problema es mucho más complejo que unos jóvenes «haraganes» y «desadaptados». ¿Continuación de la guerra contrainsurgente con otra cara? Se publicita hasta el cansancio la cantidad de muertes violentas que se registra a diario, pero no se dice que en el país hay más muertos diariamente... ¡por hambre! La «mano dura» no es el camino.

## Iniciativa 5692: terrorismo de Estado<sup>4</sup>

---

### Editorial

Revista digital *Gazeta*

El presidente Giammattei y su grupo –o si se quiere ver de otra forma, el grupo que dirige a Giammattei en asuntos de seguridad– han dispuesto imponer prácticas autoritarias y violentas para, supuestamente, combatir las extorsiones.

Como todos los populistas de derecha, la propuesta de este grupo para combatir la criminalidad urbana, que fundamental y principalmente afecta a los sectores más pobres del país, no solo es simplista, sino también ambigua e ineficaz.

Si en la exposición de motivos se recurre al filósofo y jurista del siglo XVIII Cesare Bonesana, conocido también como marqués

---

4. Publicado el 9 de febrero de 2020. Tomado de <https://gazeta.gt/editorial-111/>